

BUENOS DIAS

Camisa blanca y corbata

NO había ya billete para el avión que venía de Madrid a Tenerife. Quiero decir que ya no había en clase turística —no sé por qué siempre se nos dice que Iberia pierde dinero con las líneas de Canarias, cuando nunca encuentra un billete—, y la señorita que me atendía me dio una solución: —Solamente nos queda una primera.

Pregunté por la diferencia en dinero y como no había muchas opciones para elegir, contesté que bueno, que sí, que me la quedaba. Lo debí decir con cierto aire de resignación, porque la citada señorita se dio cuenta y me preguntó:

—¿Es que le molesta ir en primera?

—Pues, mire, le contesté; si le digo la verdad, me siento más incómodo que en turística. Primero, porque uno es una persona muy sencilla y le molesta que puedan creer que viaja en otra clase, simplemente para «echársela», como un nuevo rico. Segundo, porque en turística se va muy bien, y tercero, porque en primera tiene uno que aguantar en algunas ocasiones a gente presuntuosa y pedante, y muchas veces a directivos de clubs de fútbol, que se han vuelto insportables porque sus equipos van en los primeros puestos de la tabla.

Llegó la hora del embarque y salimos de la sala de espera hacia el avión. Este no estaba adosado al «túnel», por lo que hubimos de ir en guagua hasta el aparato, y ya, al tomar el autobús especial, se notaba la pedantería de algunos de mis compañeros de clase aérea. Querían hacerse notar y que de alguna manera se dieran cuenta de que iban «en primera».

Ocupamos los sitios que nos correspondían a bordo —en eso sí se notaba la diferencia, porque no había tanta «mujer abre y cierra las puertas» de los maleteros

superiores para poner el abrigo o sacar el bolso, y unos ya empezaron a pedir un whisky, según me enteré después, para «sacarle el debido rendimiento» a la primera. Y despegó el avión y dijeron que ya se podía fumar y desabrocharse los cinturones. La mayoría de mis correligionarios «de clase» se levantaron y se pusieron a charlar unos con otros, pues parecía que se conocían de toda la vida. Cosa curiosa, casi todos ellos se habían quitado la chaqueta —la mayoría chaquetas azules— y se habían quedado en camisa —unas camisas blancas impecables, con relucientes gemelos, y corbata— y se les notaba mucha soltura. Formaban como un grupo y daba la impresión de que yo era el único extraño allí, porque hasta las azafatas los llamaba por sus nombres: «Dígame, don Juan», «¿Qué deseaba usted, don Rigoberto?».

Pedí tímidamente un whisky —allí el que más o el que menos iba ya por el tercero— y pregunté a la azafata:

—¿Quiénes son esta gente? ¿Quizá un equipo de golf o de baloncesto, que van a jugar a Canarias? ¿Agentes de turismo o miembros de un congreso científico a celebrar en aquellas islas?

—¡Qué va!, me contestó la azafata. Parece mentira que usted no lo haya adivinado por su relamida forma de hablar y de comportarse. Son de la «nueva clase», la «clase política».

—¿Y viajan tanto?, pregunté. —No creo, me contestó, que haya en este país quien viaje más que ellos, ni siquiera los pilotos. ¡Hay que ver cómo le han cogido el gusto! Y no sólo dentro de España, sino también por el extranjero.

—Se ve que no pagan, comenté.

—Usted sí que sabe, terminé diciéndome la azafata.

Florilán

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

Normas de convivencia que se pierden

Y seguimos con el triste problema de las basuras, los vertederos clandestinos y los ruidos. Seguimos —y no nos cansaremos de pregonarlo— con la desidia, la apatía, la más completa despreocupación en estos problemas que, si bien en algunos municipios se tratan de resolver, en otros se hace caso omiso de lo legislado o se le presta poca atención.

Una llamada telefónica me informa de la llegada de un yate holandés que, tras varios días de estancia en una zona turística y deportiva de la Isla, precisó del cambio de aceite en su motor. El patrón y propietario, persona responsable, recogió el aceite quemado en un envase y, ya en tierra, preguntó que dónde se encontraba el recipiente para depositar tal producto. Tristemente se le contestó que lo derramase y lo cubriese con tierra. Increíble, verdaderamente incomprensible para el responsable patrón de la embarcación el que, aquel aceite quemado, tuviese que ser derramado —que no recogido en un recipiente para tal uso— para,

así, contaminar más, manchar más la Isla con vertidos y desperdicios.

Volvemos al pesimismo que nos ahorra desengaños. Y es que esta sencilla, pero sentida y profunda denuncia, nos hace sentir vergüenza, nos hace sonrojar ante quienes visitan la Isla.

No hay lugar de la Isla en el que la basura, los desperdicios de todo tipo no pongan su triste y vergonzosa señal. No hay carretera ni camino que no tenga en sus cunetas el estigma de la basura, de esa mezcla vergonzosa de restos de electrodomésticos llenos de herrumbre, viejos colchones, sacos de escombros, muebles destrozados y basura, mucha basura.

Todo esto lo vemos a diario sobre la geografía isleña, tanto en solares y descampados como en cunetas y los terrenos de cultivo cercanos a las vías de comunicación. Y volvemos a lo de siempre: a que se extreme la vigilancia, a que se tomen medidas drásticas con los que no cumplen las ordenanzas en materia de limpieza. Al mismo tiempo, creo que los ayuntamientos deben re-

visar los horarios de recogidas de basuras, adecuarlos a las necesidades de los ciudadanos y, si fuere preciso, ir a su aumento.

Nos permitimos aconsejar que hay que aumentar la vigilancia intensiva para evitar que unas bolsas de basura abandonadas hoy, mañana se conviertan ya en un pequeño —y rápidamente creciente— vertedero clandestino.

En esta labor común y altamente necesaria —labor siempre en bien de la comunidad— las asociaciones de vecinos, que tan magnífica labor vienen realizando, bien pueden prestar una colaboración verdaderamente eficaz, verdaderamente decisiva. En sus manos, como en las de los ayuntamientos, está gran parte de la solución del problema que, día a día, toma mayores proporciones, se agrava considerablemente.

Con este problema, otro que demanda solución es el de los atascos y los consiguientes conciertos a base de pitadas estridentes que, si bien a nada conducen, sí que molestan. Ómos

y sufrimos motos con escape libre, estruendo de motores, acelerones, chirriar de cubiertas sobre el asfalto, pitadas sin justificación y, además, la falta de respeto al peatón que, en estos días de lluvia, bien sabe de mojaduras causadas por conductores desaprensivos, de verdadera falta de respeto al caminante ya bastante mojado. Sí, todos hemos sido testigos de la marcha acelerada de algunos coches para, así, ir empapando a los peatones con las cortinas de agua que levantan.

Tristemente tenemos que reconocer que se van perdiendo, al parecer sin remedio, unas normas de convivencia, de conducta cívica, por culpa de unos pocos —muy pocos— que dejan en evidencia al resto de la población. Queremos es poder y, si todos queremos —ayuntamientos, asociaciones de vecinos, etc.— seguro que, con el arma sencilla de la voluntad, recobramos el vivir tranquilo, aquel que señaló la limpieza y la falta de ruidos innecesarios.

Juan A. Padrón Albornoz

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

¡Cómo se va el tiempo!

ES algo realmente angustiante pararse a considerar cómo se nos va el tiempo. Cómo los días se nos escapan entre los dedos, como si de agua se tratara. Y las semanas. Y los meses. Y los años también. El programa de mi vida, diariamente, es el que a grandes rasgos voy a resumir:

Por la mañana, al despertarme, cojo el transistor que dejo por la noche al alcance de la mano, y así puedo enterarme de lo que pasa por el mundo, hasta que EL DIA cae en mis manos. Luego del desayuno, a tratar de pensar un tema, desarrollarlo, poner el sobre para EL DIA y ya está la primera parte. Luego, o antes, afeitarme y coger el periódico. Leer los titulares, y, con mucho trabajo, por mis defectos de vista, algo de los textos. Después, un rato en la tele, con el rezo del Angelus, a media mañana y otra vez a la tele, a esperar el almuerzo. Después de éste, un par de horas acostado para descansar el cuerpo del tiempo que paso en la silla de ruedas y, luego, un rato en la tele o en la radio, el rezo del Santo Rosario, y alguna visita que llega. Y nada más. En esto se me va el día. Y se va rápidamente. Tan rápidamente que, al acostarme, a las diez, siempre pienso qué es lo que he hecho durante la jornada; si ha sido algo útil y conveniente o sólo perder el tiempo. Y veo que lo único aprovechable ha sido el tiempo que estuve ante la máquina de escribir, empleado en comentar o criticar cosas de mi pueblo y de mi gente. Duermo tranquilo, pensando que mi deber se cumplió, pero el caso es que el día se fue sin darme cuenta. Y así la semana. Y los meses. Y los años...

Cada día que pasa debe ser como un limón al que hay que exprimir hasta que suelte todo su jugo. ¿Lo logro yo? Esta es mi

gran duda. La verdad es que no lo sé. Pero, como he dicho, duermo tranquilo. Espero que alguien me diga, algún día, si estoy, o no,

perdiendo esa cosa tan preciosa que es el tiempo.

Antonio Marti

EL HUMOR DE CHUMY CHUMEZ



LIBERALES DE TENERIFE INVITAN

A la conferencia que, en el Salón de Actos del Club Financiero de esta capital (Edificio Olympo), pronunciará el Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense, de Madrid, Dr. AMANDO DE MIGUEL, sobre

«ECONOMIA SUMERGIDA, SOCIEDAD OCULTA, ESTADO CORRUPTO»

La conferencia continuará con un coloquio y la entrada es libre.

Día: Viernes 6

Maya presenta la moda Otoño-Invierno

Maya se complace en invitarle al Desfile de Moda, de la Colección Otoño-Invierno 87-88, que a beneficio de la Residencia de Ancianos «Concha Castro», tendrá lugar en el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife, el miércoles 11 de Noviembre de 1987, a las 20.00 horas

Rogamos pasen a recoger su invitación por nuestras Plantas de Moda.

